

DON CIRCUNSTANCIAS,

PERIÓDICO SATIRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



LA REVOLUCION Y LA REACCION.

En los momentos presentes, en que de un modo tan solemne y decisivo está empeñada la batalla entre la revolucion y la reaccion, bueno será estudiar los motivos que cada una tiene para sostener su derecho, y tratar de conocer á cuál de las dos asiste la justicia y á cuál de ellas anatematiza la razon.

Para esto no hay mas que preguntar á la revolucion y á la reaccion qué es lo que quieren. Decir á la revolucion: «Triunfante mañana, ¿qué vas á hacer?» Decir á la reaccion: «Si vences un dia, ¿qué uso piensas hacer de la victoria?»

La revolucion no puede hacer mas que vivir con la vida de los pueblos. Algunos suponen que la revolucion se limita á des- embarazar el camino de los estorbos que oponen á la marcha de las naciones la tiranía, el vicio ó el error. Esta idea es falsa : si la revolucion es destructora, destruye para el bien. Por cada monumento que destruye levanta otro nuevo. Donde estaba el error deja la verdad ; donde echa por tierra un vicio , entroniza una enseñanza. Además , aprender á conocer que una cosa es mala, si no siempre es una obra de composicion , es siempre , sin embargo, un trabajo preliminar necesario para que luego se verifique esa obra. El labrador arranca primero la mala yerba que no dejaría crecer el trigo : luego siembra el grano. Así la revolucion: si tiene momentos en que parece que no hace mas que destruir, es que entonces está disponiendo el terreno sobre el cual ha de edificar. La revolucion, por lo tanto , no es mas, como ya lo hemos indicado, que la actividad humana desenvolviéndose sin cesar ; es la trasformacion continuada de lo pasado en lo presente, y de lo presente en lo venidero.

Descartes, cuando escribió su libro sobre el método , fué tal vez el primero que en los tiempos modernos produjo la idea revolucionaria. Decimos mal : antes de él, Abelardo habia combatido por la independenciam de la razon, ó lo que es lo mismo, habia proclamado la libertad humana. Sin embargo , en Descartes la fórmula revolucionaria tomó un sentido preciso. La emancipacion del *yo* de las trabas exteriores , constituyó al individuo en una independenciam que nunca ha vuelto á perder. «No nos estacionemos, no nos paremos en la senda del progreso , vino á decir él : no nos resignemos á admitir el precepto de ayer ni la regla de hoy, solo porque la autoridad ó el tiempo nos la imponen : cada individuo empiece por sí la obra del examen ; y cada dia, cada hora, cada minuto, los hechos y las doctrinas entren bajo el poder de la conciencia humana , que los analice , los depure, los admita ó los rechace.»

El que enseñó esto, enseñó la revolucion. Esa referencia de todos los hechos que se producen algo, esa parte activa que se dá al individuo sobre la estimacion de las cosas, es una protesta siempre viva, siempre animada de la obra de hoy contra la de ayer, de la de mañana contra la de hoy. Así las generaciones quedan emancipadas de todo yugo: así cada cual produce y se dá lo que le conviene , y el niño no tiene que vestirse el traje del anciano ni el anciano la vestidura del niño. Cada nacion , cada pueblo, cada hombre, recorre una esfera particular y vive desar-

rollándose segun sus instintos y segun sus leyes. Esta independencia de los pueblos y de los individuos, engendra la revolucion. Cada hombre que camina en el terreno de la ciencia, de la moral ó de los hechos, tropieza con algo que obstruye su paso. Si lo que le detiene es mas fuerte que él, su independencia fracasa: lo que le pára le coarta, lo que le detiene le quita la libertad. «No puedo ir mas allá porque hay un obstáculo que me lo impide, luego no tengo la libertad de ir mas allá.» No pidió esto la doctrina filosófica: para ella toda barrera debia salvarse ó mas bien no podia ni debia haber barrera ante la conciencia libre.

Ved, pues, como la revolucion no es otra cosa que el desenvolvimiento del hombre cumpliéndose en todas esferas en la libertad: ved, pues, como la revolucion viene á limitarse, como digimos en un principio, á ser la vida de los pueblos, porque es su condicion indispensable de desarrollo, ó mas bien es su mismo desarrollo producido por la fuerza íntima en la libertad.

Donde los pueblos están quietos, donde no progresan ni en las ciencias, ni en las artes, ni en la vida pública, ni en la vida íntima, no hay revolucion. Así, pues, para huir de la revolucion no hay como encerrarse en la tumba.

Así, pues, aplicando estas doctrinas á los actuales movimientos de Europa, ¿qué podremos decir de ellos? ¿tendremos que anatematizarlos? ¿tendremos que deprimirlos? Hacer esto seria lo mismo que anatematizar y deprimir con ellos á la humanidad y al que la hizo segun su naturaleza.

Los pueblos están en revolucion porque viven. Como la principal condicion de su existencia es la libertad, la buscan y luchan por ella en todos los terrenos. La han adquirido ya en el terreno de la moral y de la ciencia, pero les falta en el terreno de la vida práctica y de la aplicacion. De aqui que sus revoluciones tengan ahora un carácter político ó que exijan ante todo condiciones especiales segun las cuales pueden desenvolver su actividad exterior sin hallar mas obstáculos que los de la razon social y el bien reciproco de todos.

Hemos visto lo que quiere la revolucion: veamos ahora á lo que la reaccion aspira.

La reaccion no es mas que la fuerza empleada en contener en el hombre la expansion natural de su actividad. Valiéndose de doctrinas ridículas los que defienden ese bárbaro sistema, quieren empeñarse en presentar la autoridad como superior á la razon, y en dar á un individuo el privilegio de pensar y de acertar que niegan á la masa en general. Para hacer soberano á un hombre,

para dejarle en el pleno goce de su libertad, destruyen la libertad de todos: «Tú eres rey, dice la reaccion al que se sienta en un trono: tú puedes hablar y pensar y obrar como mejor te plazca; pero cada palabra, cada pensamiento, cada obra tuya destruye y mata la palabra, el pensamiento y la accion de los demas. Asi reinas sobre el silencio y sobre la muerte.»

¿Hay cosa mas horrible, hay cosa mas absurda que esta? Sin embargo, tal es la doctrina de todos los que combaten á la revolucion. Se fian en la ciencia y en la virtud de un hombre cogido al acaso y le sobreponen á la ciencia y á la virtud general. Se vendan los ojos y se atan las manos, y ciegos y atados se prosternan ante ese nuevo becerro que habla para hacer callar á la humanidad.

¿Puede ser esta la ley de la naturaleza? ¿No ha hecho á todos los hombres con los pies pegados á la tierra como para decirles que son iguales por su origen, y con la frente levantada al cielo como para advertirles que serán iguales por su fin? ¿No ha dado á todos iguales condiciones de desarrollo, aunque en la medida de capacidades distintas? Pues ¿cómo es posible aplaudir un estado en que el privilegio concede á uno lo que la naturaleza á otorgado á todos y en que hay un hombre que vive segun su voluntad á costa de la voluntad de los demas hombres?

Tales son los programas de la revolucion y de la reaccion. Esta quiere sacrificar la masa al individuo: la revolucion enaltece y sublima á la vez al individuo y á la masa. No dice á los reyes: «renunciad á vuestro cetro y á vuestra corona» sino que les dice: «ved en todos los demas hombres otros tantos reyes con cetro y con corona tambien.» Vosotros vais á tener un imperio pacífico y seguro sobre vosotros y sobre todo lo que puede contribuir al desarrollo de vuestro ser. Empezad, pues, á mandar al hombre y á la naturaleza: el hombre y la naturaleza esperan vuestras órdenes.

Sed sábios y vuestras palabras serán otros tantos mandatos; sed virtuosos y vuestros ejemplos serán otras tantas leyes; sed tiernos y simpáticos y vuestros actos os atraerán por el amor á todos los corazones. Ya veis como os brindamos un imperio mas legítimo y mas noble que el que teneis. No os damos el monopolio de la degradacion y la bajeza de la humanidad, sino que os ofrecemos generaciones nobles y dignas como vosotros, á las cuales sin embargo podeis dominar con vuestra palabra é imponer con vuestro ejemplo.

Bien se vé la diferencia que hay entre lo que quiere la revolucion y lo que quiere la reaccion. La primera es la causa de to-

dos, con todos vive y á todos ofrece iguales beneficios. Es como la naturaleza que no niega á nadie la sombra de sus árboles, ni el agua de sus fuentes.

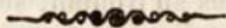
La reaccion por el contrario, pide sacrificios y exige víctimas. Levanta un altar para su idolo con los cuerpos de las generaciones que le sacrifica.

La revolucion deja al hombre pensar y obrar segun sus sentimientos: sabe que la naturaleza ha depositado en su corazon gérmenes, que desarrollados, tenderán á unirle por mil estrechas simpatías á los demas seres; por eso no teme el uso de la libertad.

La reaccion por el contrario, como que vive por el odio, teme el odio de todos, y ofrece al hombre la perspectiva de los suplicios para hacerle renunciar á su reprobacion interior. Cree que el hombre es todo materia y que con cadenas se aprisiona todo lo que hay en el que puede vivir.

Hé aquí, pues, para terminar, los dos adalides que se están disputando el cetro del mundo y que ahora se dan una grande batalla. No exageramos en lo que decimos de la revolucion ni de la reaccion: si vencen serán lo que nos prometemos y algo mas. La revolucion puede cumplir lo que ofrece, porque nadie se lo ha de impedir: en cuanto á la reaccion, enconada por las resistencias, si ella pudiera todo lo que desea, no estaria contenta hasta no convertir á la Europa en un pais de cafres.

Por fortuna, las fuerzas de la reaccion se van gastando: es la causa del abuso y del error, y no puede prevalecer sobre la verdad y la luz.



EL FRONTON DE LA INCLUSA.

Ya pareció aquello; ya llegó el gran fronton, el superferolítico, el deseado, el temido, segun los Madrazos, y el estrambótico segun los inteligentes. Llegó por fin el fronton del señor Ponciano Ponzano, y nunca con mas verdad pudo decirse aquello de mas vale el ruido que las nueces; llegó el fronton por el cual se ha trastornado todo el órden de las cosas; el que ha promovido órdenes y decretos del gobierno, quimeras y disputas entre los artistas, disgustos y bochornos á la Academia, aplausos y denuncias á *D. Circunstancias*. Llegó, repito, por fortuna, y mi amor propio está satisfecho viendo esa obra raquítica y extravagante espuesta

á la rechifla del público, quien al contemplar la concepcion fatal del señor Ponciano, y el desempeño mas fatal aun que la concepcion, no ha podido menos de recordar uno de mis epigramas que dice asi:

Un escultor, no afamado,
pero de genio travieso,
hizo un San Anton de yeso
poniéndole el cerdo al lado.
Y entrambos en un renglon
esplicó, prudente y cuerdo,
cuál de los dos era el cerdo
y cuál de ellos San Anton.

Este epigrama, publicado ya hace mas de seis años en las poesías de *D. Circunstancias*, parece hecho á la vista de la última obra del señor Ponciano; porque en efecto, el fronton de Roma necesita un letrero que diga «fronton para el congreso» si no hemos de confundirle y considerarlo como un conjunto de muñecas ó juguetes para niños, y eso que no bastando seis meses á su autor se le concedieron catorce dias mas, y no siendo suficientes los catorce dias, se le otorgó un plazo indefinido.

A juzgar por las obras anteriores del señor Ponciano, ya debíamos esperar una obra mediana; pero no tan mediana como la que nos ha enviado, y por Dios que este señor debe haber entrado en la mania de todos los estrangeros que creen á la nacion española exhausta enteramente de hombres de talento en ciencias, en literatura y en artes. Dígolo, porque cuando el señor Ponciano se ha atrevido á enviarnos su fronton, seria porque creyese ganar el premio en la competencia, y si creyó semejante cosa, hizo el agravio mayor que pudo hacerse á nuestros artistas y al buen sentido del pueblo español. ¡Qué falta de gusto se observa en toda su composicion! ¡Qué desproporciones tan imperdonables! ¡Cuánta bagatela! ¡Cuánto peregil! Y sobre todo ¡cuántos chiquillos! Al ver el crecido número de chiquillos que ha amontonado el señor Ponciano, he dicho yo para mi capote: «Este señor ha padecido una terrible equivocacion: ha creído que el fronton era para una casa de niños espósitos y no para un congreso de diputados, porque sino ha sido así, me veré en la precision de improvisar un epigrama ó cosa parecida, como por ejemplo:

Que Ponciano es muy travieso,
no lo negará mi musa;
pues amontonando yeso

para un fronton del Congreso,
hizo un fronton de la Inclusa.

Y aun no quedo satisfecho de mi obra, y eso que no trato de optar á un premio que es cuando mas se aguza el ingenio ; pero por si acaso en el concepto del señor Ponciano valen tanto dos epigramas malos como uno bueno, alla vá el segundo:

Es Ponciano tan fatal
como artista, es tan pelmazo
y tan poco natural,
que casi lo hace tan mal
como D. José Madrazo.

Gran suerte habria sido para el señor Ponciano que hubiera naufragado el buque portador de su obra y que alguna ballena se hubiera tragado el fronton, siguiendo el ejemplo de la que se tragó á Jonas, con menos motivo por cierto. De este modo tal vez la posteridad llorase la pérdida de la obra, asi como llora la generacion presente que no se haya perdido. ¿Y qué diré de vos, D. José? ¿Y qué direis vos de vuestro protegido? Vos no podeis decir nada, porque aun no habeis tenido tiempo para echar el susto fuera; pero yo puedo deciros al ver la obra de vuestro recomendado, que habeis parodiado la fábula de Júpiter cuando envió un rey á las ranas. El tan decantado y *temido* rey era un leño : las ranas le miraron al principio con respeto, hasta que reconociéndolo mejor y viendo que era un pedazo de alcornoque, hicieron con él lo que por consideracion al estómago de mis suscritores no quiero nombrar. Aplicad como os guste la fábula al caso en cuestion; convenid en que el rey romano ha salido alcornoque, y no rehuyais la comparacion porque os citemos una fábula, pues solo apelando á una fábula podríais vos hacer el papel de Júpiter.

Pero digamos algo de la obra del señor Ponciano, que tambien tiene sus respuntes de fabulosa. Digo yo, *D. Circunstancias*, y me obligo á probar delante del fronton todo lo que diga; digo que dicho fronton considerado en su totalidad, carece de efecto por su poco relieve, pues colocado á la altura en que debia colocarse, quedaria como una medalla ó camafeo, por la gran salida de la cornisa; y en particular el costado izquierdo, donde hay tal confusion, que en separándose dos pasos no se distinguen los objetos. Las figuras son proporcionalmente pequeñas, de modo que hay niños, cuya estatura vendria á ser de media vara, ó lo que es lo mismo, imperceptibles á la simple vista. En una palabra, todo es mezquino y raquítico: no hay nobleza en las figuras; el grupo

principal es detestable, porque prescindiendo de la falta de verdad, se ve á la España y á la Constitucion en una postura muy chocarrera, muy grotesca, vueltas la una de espaldas á la otra como si fueran á hacer alguna cosa de mal tono, y por añadidura estan con las piernas en líneas enteramente encontradas, resultando un efecto desagradable. Las cabezas, en su mayor parte no tienen cráneos, pues las coronas y diademas están embutidas en los sesos, como la sucede á la mal parada Constitucion. Parece que el señor Ponciano ha querido satirizar á esta señora poniéndola contrahecha, pues segun el tamaño natural de la cabeza, el torso es demasiado corto, y no se sabe dónde está sentada, sino lo está en el aire ó encima de un tarugo, siendo los paños de tan mal gusto que causan un verdadero disgusto. La cabeza de la España, la de la Constitucion y la de la Justicia, estan vaciadas en un mismo molde, y peinadas por un mismo peluquero, que por cierto no será el señor Miró, porque estarian mejor peinadas. El modo de abrazar la España á la Constitucion, parece cosa de pega ó de pulla, por lo ridículo; y es menester reparar mucho para encontrar la mano que por debajo del brazo va á dar al pecho. La de la Justicia es tan desdibujada, que el brazo no tiene deltoides y el húmero es corto y está doblado. Además tiene un modo tan poco digno de pesar la justicia, que mas bien parece estar pesando fruta. El Valor no puede manifestarse mas miserablemente: está casi sentado en el suelo, pero como sino hubiera podido levantarse por tener rota la tibia de la pierna izquierda. El pie izquierdo es tan pequeño que hace bien en mantenerse en tal postura, pues dificilmente podria sostenerse en pie sin muleta, que era lo que faltaba al señor Ponciano para coronar su obra, poner al Valor con muletas como escapado de Anton Martin. Pero ya que no ha dado muletas al Valor, le ha puesto de espaldas al objeto principal, y así como espantado de la Justicia que tiene *detrás*, por no decir que *á la cola*.

¿Y la Astronomía? No hay mas que tirar un secante á los brazos de esta señora y ya puede esplicarse la teoría de las paralelas; pues realmente para definir los tales brazos podria decirse que son dos zanahorias que no pueden encontrarse aunque se las prolongue al infinito. La Paz, se conoce que ha adquirido su título á costa de la pierna derecha, pues lo menos la falta la tercera parte del femur, y en la postura en que está es muy raro que no se la vea la rodilla entera. Lástima es que esta no haya hecho la obra caritativa de tapar el pecho á la que está á su lado, y que las dos tengan las piernas haciendo un ángulo que no parece sino que el

señor Ponciano, en vez de una obra de buena escultura, se ha propuesto hacer un ensayo de mala geometría.

Detrás de la figura que acabamos de analizar, hay una pobre que parece estar tullida y está durmiendo, que también los tullidos duermen, y la figura que sigue no tiene piernas á no ser que las tenga metidas en el cuerpo de su vecina. Hay más, en la colocación de las figuras está invertido el orden del programa, de manera que con dificultad podrá atinarse quién es cada una, á no ser la Arquitectura que está en cuclillas y solo se la reconoce por la escuadra que tiene en la mano. Por lo demás, tiene una postura tan chocante, que casi casi huele mal. La figurita que está á su lado no sabemos lo que representa, aunque hay quien dice que es la Pintura. La pobrecita está llorando, y no me estraña que llore viéndose con una cabeza tan gorda, tan gorda; el brazo derecho tan corto, tan corto, y el brazo izquierdo tan largo, tan largo. Sin embargo, como dice el refrán, que no hay mal que por bien no venga, la buena señora no debía estar tan desconsolada, pues al fin y al cabo puede hacer lo que no podemos hacer todos, que es rascarse la rodilla cuando le pique, sin necesidad de encogerse. Peor está la que se halla á su lado con un cartelón en las manos, pues es una especie de fenómeno, como que la sale el muslo de junto al pecho, y es tan delgadita de antepierna que para caber dentro de los paños necesita no tener tibia ni peroné.

La pierna izquierda del Mercurio está tronchada, y el brazo derecho desde el deltoides al codo es mucho más largo que el otro. La Agricultura está sentada sobre sus talones, y estos están tan salientes que se salen fuera de las asentaderas, cosa que no vieron los nacidos en el natural. A bien que la pierna izquierda de esta ciudadana está vaciada en el mismo molde de la del cartelón. En fin, la figura del Río tuvo la desgracia de que la saliera la pierna del pubis y de verse junto á un busto que conduce un río y que parece más bien un aguador. Por cierto que el aguador no tiene narices, cosa que podrá suceder en Roma, porque allí hay muchos romos de nariz y de entendimiento, pero no en Madrid, donde los aguadores tienen su ración como cualquier ciudadano.

Aun podría decir mucho más del malhadado modelo que ha tenido la poca aprensión de remitirnos el señor Ponciano; pero con lo dicho basta para que mis lectores formen una idea aproximada de esa obra que, sino por su mérito artístico, al menos por su emjambre de chiquillos, es muy digna de figurar á la puerta de la Inclusa.

DEL MAL EL MENOS.

Aunque no tengo malicia,
 bien lo sabe el Ser eterno,
 mi musa á España propicia
 se lamenta , y con justicia,
 de la inercia del gobierno.
 Sus amigos obcecados
 no abundan en mi opinion,
 mas digan los moderados
 si con los brazos cruzados
 se gobierna una nacion.
 Porque segun mi magin,
 tendiéndose á la bartola
 nadie camina al buen fin
 en la nacion española ,
 ni en Italia, ni en Pequín.
 Y sobre todo, es probada
 la verdad de que me valgo;
 pues la cosa bien mirada
 me parece que hacer algo
 vale mas que no hacer nada.

Si alguno por mi rigor
 quiere juzgar con despecho,
 manifieste sin temor
 qué es lo que el gobierno ha hecho
 en la semana anterior.
 El lunes, con evidencia
 nos demostró en su quietismo
 su falta de suficiencia,
 y el martes..... hizo lo mismo
 con muy corta diferencia.
 Para aliviar el quebranto
 que se observa en todas partes,
 el miércoles, no me espanto,
 siguió las huellas del martes,
 y el jueves hizo otro tanto.
 El viernes, á no ayunar,
 no sé que otra cosa hiciera

que se deba examinar,
y el sábado, por variar,
procedió de igual manera.
Si esto entre gente elevada
es una gran maravilla,
debe estar mal enterada:
porque lo que es en Castilla
esto se llama hacer..... *nada*.

—
La verdad va por delante,
y el gobierno terminante
lo debe así conceder,
porque si no, voy á ver
qué hará en la semana entrante.
¿Seguirá con su porfia?
Los auspicios no son buenos,
y creo por vida mia
que hará menos todavía
si le es posible hacer menos.
Digo que no me confundo
al ver las mañas que tiene,
que ha dicho un autor profundo
que todo el que nace viene
con una mision al mundo.
En la terrenal morada
á todos el Dios eterno
tiene la ruta marcada,
y la mision del gobierno
por lo visto es..... *no hacer nada*.

—
¿Con que no hace nada?—Miento;
que al fin, está trabajando
en contra, del pensamiento,
de esos mil que andan buscando
el continuo movimiento.
El gobierno con su flema
va por la razon extrema,
muy solícito y celoso
hácia el perpetuo reposo:
mas facil es el problema.
El podrá con tal escuela
alzar á la icercia un templo;

y ya sus frutos contemplo,
 pues en su marcha revela
 que sabrá dar buen ejemplo.
 Si la quietud escesiva
 por penosa no le agrada,
 quizá el trabajo conciba
 en cantidad negativa,
 es decir, *menos que nada*.

Alimente con afán
 el hábito que contrajo
 sin mirar al qué dirán,
 pues si no cambia de plan
 no le matará el trabajo.
 La marcha que está siguiendo
 no es la marcha apetecida;
 y no por eso me ofendo,
 que en verdad estoy temiendo
 que dé señales de vida.
 No quiera Dios que escuchando
 mi voz se tome la pena
 de mostrar que tiene el mando;
 porque me estoy figurando
 que no ha de hacer cosa buena.
 Lo quiere el hado fatal
 y su quietud no me enfada,
 pues su desacierto es tal
 que por fuerza ha de hacer mal,
 sopena de no hacer nada.

¿Para qué mi voz elevo
 reclamándole el favor
 de una marcha que repruebo?
 Para que empiece de nuevo
 su sistema de terror?
 Probar quisiera bondades
 y su poder no rehusó,
 si no es que quiera hacer uso
 de las amplias facultades,
 por lo que temo el abuso.
 Deje esa senda enfadosa,
 que ya dejar es razón

esa inercia fastidiosa,
 y haga por Dios... cualquier cosa,
 en bien de nuestra nacion.
 Mas no es fácil el remedio ;
 nuestra suerte es endiablada,
 y no lo digo por tedio:
 aqui no hay término medio ;
 ó hacer mal, ó no hacer nada.

—
 Quizá no falte algun ente
 que atribuyendo á misterio
 mi oposicion, imprudente,
 me pregunte formalmente:
 ¿qué ha de hacer el ministerio?
 La pregunta es escusada,
 pero creo estarla oyendo
 y me gusta la humorada.
 —¿Qué ha de hacer?— Sí señor. —Nada.
 —Pues eso ya lo está haciendo.
 —Puede, si quiere, emplear
 menos salitre y azufre;
 puede la paz alcanzar,
 tan solo con aliviar
 al pueblo que paga y sufre.
 Mas de esta dicha anhelada
 el resorte no atesora,
 y es que sin duda le agrada
 mucho mas lo que hace ahora:
 nada, nada, nada, nada.

—
 Si cree en el apoyo hidalgo
 de sus antiguos consortes,
 que yo fiador no salgo;
 ¿para qué no abre las cortes
 siquiera... por hacer algo?
 No señor, no le contenta
 tener quien le ponga tasa,
 ni aliviar le tiene cuenta
 á la libertad de imprenta
 que va siendo muy escasa.
 Asi mostrará algun tino;
 mas si no lo puede hacer,

aun le queda otro camino
 mas glorioso, mas divino,
 que es resignar el poder.
 Entre en la vida privada
 ya que la desgracia tiene
 mil y mil veces probada
 de hacer... lo que no conviene,
 hasta cuando no hace nada.

EL CÓLERA MORBUS.

Indudablemente el epígrafe de este artículo es algo y mas que algo fatídico, pero el objeto del artículo es mas fatídico que su epígrafe. Se trata del cólera, que como ya saben mis amados lectores anda haciendo la rosca á nuestra península, y lejos de creer *D. Circunstancias* que esta verdad deba ocultarse al pueblo para impedir que el pánico se difunda y precipite la catastrofe, opina, por el contrario, que se debe revelar la verdad para evitar una sorpresa infausta, porque de este modo podemos vivir prevenidos y tomar nuestras medidas para no ser atacados brusca é impunemente.

Y no soy yo solo el que tiene este modo de ver las cosas; del mismo modo han discurrido otras personas competentes en la materia, y entre otras el autor de un folleto titulado: *El Cólera morbus*, que ha llegado á mis manos, en el cual se hace una reseña de su marcha y estragos en 1830 y 31, comparada con la que sigue en la época actual. Hace observaciones sobre los síntomas precursores de esta epidemia; sobre los medios para preservarse de ella y modo de atender á su cura.

El autor del mencionado folleto pertenece por lo visto á la escuela alopática, y hé aquí en lo que principalmente se diferencia de *D. Circunstancias*, que es partidario decidido de la homeopatía, pero no partidario á tontas y á locas, sino por convicción, por la incuestionable verdad de la doctrina y por los hechos prácticos, tan elocuentes como las teorías. Sin embargo, como que la fé entra por mucho en la curacion de las dolencias, y no todos participan de las creencias médicas de *D. Circunstancias*, y considerando ademas la dificultad de hallar un médico si llegase el caso de apuro desgraciadamente; creo de mi deber recomendar la

lectura del folleto que me ocupa, por lo que puede contener de útil, que indudablemente lo contiene en todo lo que dice relacion al plan higiénico. Respecto de este plan, como del método curativo que propone su autor, en el caso de presentarse los síntomas del mal, lo mejor de todo me parece referirme á su folleto, del cual voy á tomar las siguientes líneas:

«En ningún caso, á menos que un médico no lo ordene, deberá persona alguna emplear purgantes frios, tales como las sales de Glauber, la sal de Epsom, los polvos de Seidlitz, que tomados en tales circunstancias pueden producir un efecto muy dañoso. Tambien es menester proscribir los purgantes drásticos, tales como el sen, la coliquintida, el áloes etc.»

«En consecuencia de la conexión inmediata entre el cutis exterior y la membrana interna del vientre, es de la mayor importancia el conservar esta parte del cuerpo bien abrigada. Se aconseja el uso de la franela sobre el cutis para conservar el calor, ó al menos es muy útil llevar una franja de franela alrededor del estómago. Es menester cuidar de tener los pies calientes y secos y mudarse los vestidos en caso de haberse mojado. Las habitaciones y cuartos de dormir deben estar bien ventilados, secos y abrigados.»

«Si á pesar de estas precauciones cualquiera es acometido repentinamente por el frio, mareo, si tiene náuseas, vómitos y calambres, en ocasion en que no se pueda obtener inmediatamente ayuda médica, es preciso situar al paciente en una cama, bien abrigado, y atraer calor por medio de aplicacion á los pies y á lo largo del espinazo de franelas calientes, ó botellas con agua hirviendo ó sacos de flores de calomelo, arena, flecho ó sal bien calientes. Es preciso tambien frotar bien las estremidades del cuerpo y aplicar una cataplasma de mostaza y vinagre en la region estomacal durante 15 ó 20 minutos.»

«A cada media hora se le administrará una cucharada pequeña del tamaño de las de té, de sal volátil en un poco de agua caliente, ó una cucharada de mayor tamaño de aguardiente en un poco de agua, ó una copa de vino de Jerez mezclado en un vaso de leche, todo caliente: en suma, se hará todo aquello que sea practicable para atraer y conservar el calor y un sudor general en tanto que se obtiene la ayuda de un médico, cuya presencia en estos casos es absolutamente indispensable, para que prescriba, segun tal ó cual síntoma extraño que pueda traer el ataque.»

«Las causas principales de toda epidemia, y particularmente

del Cólera, son la humedad y el desaseo, la putrefaccion, las materias vegetales ó animales en estado de descomposicion, y en general, todo aquello que pueda viciar la pureza del aire, causas que debilitan el vigor del cuerpo y aumentan la susceptibilidad de contraer la enfermedad, sobre todo en las personas jóvenes, ancianas ó débiles. Se ha notado que los ataques del Cólera son mas frecuentes en los distritos bajos, en sitios al borde de rios y lagos, y generalmente en los parages á donde hay grandes montones de basura. Contra estas causas se recomienda la escesiva limpieza del cuerpo y de las casas: no conservar en ellas gallinas ni ninguna otra clase de animales, ventilar á menudo las habitaciones haciendo que circule por ellas el aire, y sobre todo, impedir la reunion de muchos enfermos en un mismo punto.»

Ahora que he copiado lo que el autor del mencionado folleto dice de mas interés, debo dirigirme á los homeópatas, animándoles á que hagan en obsequio de la humanidad lo que acaban de hacer sus adversarios en medicina, porque todos somos hijos de Dios y deseamos, si por desgracia llega el caso, tener medios para combatir el mal. Entretanto recomiendo la lectura del folleto alopático, que abunda en datos y está escrito con facilidad y correccion.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAS y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 30 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TUREZ.